

Europa entre dos siglos: el contexto histórico de las Exposiciones Históricas de 1892

Raquel Sánchez (raquelsg@ucm.es)
Universidad Complutense de Madrid

Si busco una fórmula práctica para definir la época de antes de la Primera Guerra Mundial, la época en que crecí y me crié, confío en haber encontrado la más concisa al decir que fue la edad de oro de la seguridad (Zweig, 2002: 17).

En este texto que acabamos de leer, el escritor vienés Stefan Zweig recogía un sentimiento compartido por muchas personas que vivieron en la convulsa Europa del periodo de entreguerras y que después sufrieron los dramas derivados de la Segunda Guerra Mundial. Para ellos, ese periodo previo al estallido del primero de los dos grandes conflictos que arrasaron la Europa del siglo xx fue una época de tranquilidad, en la que las instituciones, las tradiciones y las relaciones personales continuaban siendo las de siempre, aquellas costumbres asociadas a la niñez en las que el mundo era un lugar estable, en el que uno podía, dentro de lo posible para un humano, planificar su vida con ciertas opciones de no errar en el vaticinio. No en vano, ese periodo situado entre finales del siglo xix y la primera década del xx ha sido llamado la *Belle Époque* (Winock, 2002). Un bello tiempo en el que los europeos, extasiados ante los avances de

la técnica y el crecimiento de las ciudades, se sentían dueños del mundo, en la cumbre de su desarrollo, habiendo dejado claro que su sistema de vida y sus valores morales eran los correctos, constituían el camino que podía conducir al éxito a cualquier nación. Sin embargo, y al igual que se idealiza la niñez, que no siempre es ese Jardín del Edén de la inocencia, sino que muchas más veces de las que nos gustaría reconocer constituye todo un desafío para el niño, tampoco ese tiempo de transición entre siglos constituyó una edad de oro de la cultura y de la civilización europeas. Zweig, como tantos otros miembros de su generación, quedó tan fuertemente impactado por el hundimiento de la civilizada Europa de los intelectuales cosmopolitas, que mitificó el periodo anterior. Aquellas Viena y Berlín, centro de la atracción de artistas, escritores y filósofos (Schorske, 2011) se vio inundada, después de la guerra, por gentes que vestían uniformes pardos,

azules o rojos, gentes que perdían voluntariamente su identidad individual para integrarse en un todo global llamado patria, clase o partido. Gentes que ocupaban las calles y que, a veces con insolencia, intimidaban a los alegres paseantes que disfrutaban con sus familias de un día soleado bajo los tilos (Xammar, 2005). Sin embargo, ni Zweig ni sus amigos fueron conscientes de que todo ese espectáculo de agresivas consignas políticas y camisas uniformadas se había gestado en el mitificado mundo de la preguerra. El nacionalismo radical, del que el chauvinismo francés y el jingoísmo británico son sus variantes más conocidas, resultó de una interpretación extremada del gran producto político e intelectual del siglo XIX: la nación.

Nación, patria y clase: a la búsqueda de la identidad

La idea de pertenecer a una comunidad de sentimientos, de recuerdos compartidos, poseedora de una historia y de una lengua comunes, portadora de una misión en el mundo, se convirtió en la última década del siglo XIX en un poderoso motor de cambio, que disolvía al yo individual en el yo colectivo y que veía en «el otro» a un enemigo. Esta interpretación esencialista de la nación, de enorme fuerza movilizadora, conoció su mayor auge en un momento en que los Estados reforzaron el proceso de nacionalización por medio de instrumentos como el servicio militar o la escuela pública. De este modo, se fortaleció enormemente el sentimiento identitario de pertenencia a esa comunidad histórica que es la nación. La creación de símbolos, de ceremonias públicas, de himnos y banderas, contribuyó también a ello. A este respecto, es importante señalar que el proceso fue largo, no se produjo de la noche a la mañana. Incluso Francia,

el país que habitualmente es tenido por el caso más exitoso en la construcción de la nación moderna, tardó un tiempo bastante largo en asumir parte de su historia reciente para entenderla como la historia de todos. Hacemos referencia en particular a la Revolución francesa y a sus consecuencias, experiencia histórica que difícilmente podía ser compartida por la Francia tradicionalista e, incluso, por la Francia conservadora. Hasta la altura de 1880 no se produjo el suficiente consenso político en el país como para convertir el 14 de julio en la fiesta nacional, recordando la Fiesta de la Federación de 1790 y, obviamente, la toma de la Bastilla de 1789, que puso fin a la monarquía absoluta (Weber, 1989). El proceso descrito, con la creación de símbolos, la interpretación de la historia en clave nacional, la movilización de la población a través de ceremonias y fiestas y la enseñanza de una lengua común, es conocido habitualmente con el nombre de la nacionalización de las masas (Mosse, 2005) y convivió con otra gran fuerza movilizadora: el internacionalismo proletario.

A lo largo del siglo XIX, el desarrollo industrial había generado enormes cambios, no solo económicos (liberalización de la propiedad, transformación de las estructuras productivas, etc.) y políticos (modificaciones de la legislación económica y electoral), sino también sociales. Cambios de una gran trascendencia, que trajeron aparejados desde migraciones del campo a la ciudad hasta rupturas de las fidelidades y jerarquías tradicionales en el mundo agrario, con todo el impacto que, en las mentalidades, tales transformaciones produjeron (Zimmermann, 2012). El sentimiento de desarraigo de muchas de esas personas que marcharon a trabajar a las fábricas y que vivieron en barracones, con gente, en muchos casos, desconocida, se canalizó de múltiples

maneras. Una de ellas fue la toma de conciencia de su situación como obreros, el sentimiento de compartir con otros unas condiciones de vida producto de su ubicación en el sistema productivo, el deseo de mejorar sus condiciones de vida y las de sus familias. La observación de una realidad social en la que las personas se diferenciaban por su condición económica, que determinaba sus posibilidades vitales y las de sus hijos, era incompatible con la propuesta nacionalista de la unidad de todos bajo una misma bandera, símbolo de la nación. Por el contrario, lo que para ellos resultaba evidente era el hecho de que las condiciones de vida y de trabajo del obrero eran compartidas por otros individuos en otros países (Hobsbawm, 2013). El internacionalismo proletario proponía, por tanto, una identificación con el otro por la vía de la clase que era, en última instancia, el elemento que marcaba la verdadera y auténtica división social. Tampoco el internacionalismo proletario, al igual que el nacionalismo, fue un producto de fines de siglo, pues se había gestado en las décadas anteriores. Sin embargo, la capacidad organizativa que había alcanzado el movimiento era ya lo suficientemente significativa como para que se hubieran podido celebrar varios congresos (las internacionales obreras) en los que se pusieron de manifiesto las distintas formas de interpretar la situación del trabajador en el mundo moderno y las opciones para mejorarla. Anarquistas y socialistas salieron divididos de sus primeras reuniones, pero ambos movimientos mostraron hasta qué punto su capacidad de movilización podía resultar peligrosa para los Gobiernos. En algunos países, incluso, ocupaban ya puestos en las cámaras de representación, desde donde trataban de mejorar las condiciones de vida de los trabajadores por la vía de la negociación con el Estado. Esta opción, no compartida por todos dentro del movimiento, generó un gran debate entre

la vía reformista y la vía revolucionaria, debate que se iba a trasladar a la Europa de posguerra, aunque su primera manifestación pública tuvo lugar con motivo del primer congreso de la Segunda Internacional. Este congreso se celebró en París y comenzó en la muy significativa fecha del 14 de julio de 1889. Una de sus decisiones más importantes fue la declaración del primero de mayo como Día Internacional de los Trabajadores. Se trataba de recordar la huelga que, en ese día, había comenzado en los Estados Unidos para pedir la jornada de ocho horas. En concreto, se trató de los sucesos acontecidos durante la manifestación de Haymarket Square (Chicago), de cuyos incidentes fueron acusados seis inmigrantes alemanes e ingleses y dos activistas y trabajadores norteamericanos. Cinco de ellos fueron condenados a muerte, de los cuales uno se suicidó antes de la ejecución y los otros cuatro fueron ahorcados el 11 de noviembre de 1887. Los tres restantes fueron condenados a penas perpetuas y a trabajos forzados.

Nacionalismo e internacionalismo midieron sus fuerzas en las vísperas de la Primera Guerra Mundial, cuando en varios países europeos se planteó la votación de los presupuestos de guerra y los diputados de la izquierda se vieron obligados a elegir entre la nación y la clase. En esta disyuntiva, la nación fue más fuerte que la clase, lo que provocó duras discusiones y rupturas en el movimiento internacionalista.

El inestable equilibrio entre las potencias europeas

Si hubiera que simplificar la historia del último cuarto del siglo XIX, podría decirse que el acontecimiento más importante, a partir de cuyas repercusiones podemos llegar

a entenderla, fue la guerra franco-prusiana de 1870. Esta afirmación es, obviamente, una reducción de la enorme complejidad del periodo, pero nos permite explicar de qué forma se engarzaron otros acontecimientos en la gran cadena de hechos que condujo a la Primera Guerra Mundial. Ya fuera la desastrosa política de Napoleón III, o ya fuera la provocación prusiana, lo cierto es que a partir de 1870 Europa hizo saltar por los aires el inestable equilibrio diseñado en el ya lejano Congreso de Viena de 1815, equilibrio roto de forma evidente desde la guerra de Crimea, a mediados de siglo (Schoeder, 1994). Crimea preparó el ambiente de recelos entre unas potencias europeas (Rusia, Francia y Gran Bretaña) aún no conscientes del progresivo auge de una naciente promesa: la futura Alemania. La guerra franco-prusiana tuvo como pretexto el telegrama de Ems y la búsqueda de un rey para España (Wawro, 2003). Fracasada la candidatura Hohenzollern, que tanto molestaba a Napoleón III, España encontró a su rey en un italiano de una dinastía que poco importaba a Francia y a Prusia: los Saboya. Una dinastía que solo disgustaba al papa Pío IX porque le había privado de buena parte de su poder terrenal, llegando al extremo de excomulgar a sus miembros. Sin embargo, estos dos países, Francia y Prusia, se enredaron en un conflicto que, pese a su brevedad, marcó profundamente el periodo comprendido entre 1870 y 1918 (Tuchman, 2007). Los recelos entre ambos duraron, por tanto, más que el rey italiano, Amadeo, que permaneció en nuestro país dos escasos años, harto de desavenencias políticas internas y de menosprecios aristocráticos. Después de una agitada República, España volvió a sus Borbones, con un cierto aire de resignación. Mientras tanto, Europa contemplaba atónita cómo, el 18 de enero de 1871 y en el Palacio de Versalles, se proclamaba el II Imperio Alemán, algo que

los franceses no olvidaron jamás; algo que Clemenceau recordaría muy bien en 1919 cuando forzó las exigencias a la Alemania derrotada en el Tratado de Versalles (MacMillan, 2011). En 1871, por consiguiente, el deseo de revancha se instaló en Francia para quedarse por mucho tiempo. A esto añadámosle el estallido de la sublevación de la Comuna en París, al final de la guerra. La Comuna, la primera revolución propiamente proletaria (pues la revolución de 1848 tuvo un carácter mixto que no existió en 1871), separó aún más a una Francia dividida entre monárquicos (en sus múltiples variedades de orleanistas, borbónicos y bonapartistas) y republicanos (también fragmentados internamente en función del modelo de Estado); proletarios y burgueses; parisinos y provinciales, etc. (Ceamanos, 2014). La visualización más clara de estas divisiones internas se manifestó con motivo del *affaire* Dreyfus, que arrasó la Francia de la III República entre 1894 y 1906.

Las acusaciones de espionaje para Alemania vertidas sobre el capitán Alfred Dreyfus, de religión judía y de familia alsaciana, no solo desataron los prejuicios antisemitas de la sociedad francesa, sino que también mostraron hasta qué punto la herida de 1870 se hallaba aún abierta en el país. Alsacia y Lorena, las dos regiones perdidas por Francia en la guerra, se habían convertido en el símbolo de la humillación nacional. Los posicionamientos en favor o en contra del capitán evidenciaban la existencia de dos Francias: la del ultranacionalismo y la del progresismo, los antidreyfusistas y los dreyfusistas. En última instancia, el caso del capitán Dreyfus solo fue el pretexto que puso de manifiesto la división social del país. Para muchos, Dreyfus era el culpable perfecto por sus orígenes, a pesar de que el capitán, como se demostraría más tarde, no tuvo nada que ver en el asunto de

la desaparición de documentos secretos. El auténtico espía era un oficial, Ferdinand Esterhazy, quien, a causa de sus deudas, acabó vendiendo información al Ejército alemán. El interés del *affaire* Dreyfus para conocer la Europa del fin de siglo es más que evidente, pues los acontecimientos en torno a él pusieron de manifiesto varias realidades. Por un lado, el *affaire* mostró el arraigo del nacionalismo en las sociedades europeas, dispuestas a aceptar a un falso culpable para vengar agravios políticos. Por otro lado, el caso dio rienda suelta a los prejuicios antisemitas latentes en Europa occidental. De hecho, Theodor Herzl, destinado por el periódico vienés *Neue Freie Presse* a París para cubrir el caso y uno de los pocos periodistas que tuvo oportunidad de presenciar la ceremonia de la degradación militar de Dreyfus, transformó sus planteamientos acerca de la asimilación de los judíos en las sociedades europeas en la demanda de una tierra para ellos, contribuyendo así a dar un gran impulso al movimiento sionista. Entre los intelectuales judíos, el ambiente se hallaba ya preparado a causa de la reacción de rechazo que en ellos suscitaron los pogromos que tuvieron lugar en el Imperio ruso en las dos décadas finales del siglo XIX y que culminaron en la publicación de *Los protocolos de los sabios de Sión* (1902), el conocido libro creado y difundido por la policía zarista para justificar los ataques a los judíos en su territorio. Por último, el *affaire* Dreyfus hizo saltar a la palestra la figura del intelectual, entendido como el agente crítico y movilizador de la opinión pública ante circunstancias políticas y sociales especialmente significativas. Es bien cierto que esa función la desempeñaron anteriormente otras categorías de personajes públicos, como los escritores (el caso de Victor Hugo como el símbolo de la oposición política a Napoleón III es claro). Sin embargo, a finales del siglo, la difusión masiva de la prensa como

principal órgano de información permitió que el mensaje del intelectual (ya fuera escritor, periodista, profesor, profesional liberal, etc.) llegara a capas de población cada vez más amplias y que su capacidad para movilizar a la opinión pública fuera también cada vez mayor. En el caso que nos ocupa, el *affaire* Dreyfus, fue el escritor Émile Zola quien dio el pistoletazo de salida al papel público del intelectual con su famoso artículo «J'accuse», publicado en el periódico *L'Aurore*. Le siguieron muchos otros intelectuales que, desde la derecha y desde la izquierda, tomaron postura, escribieron sobre el caso y trataron de influir sobre la ciudadanía (Ory y Sirinelli, 2007).

Por otra parte, la proclamación del Imperio alemán venía a colmar las aspiraciones que, desde los inicios del siglo XIX, habían tenido intelectuales y políticos de distintos territorios del ámbito germánico, empeñados en construir una nación alemana. Dado que este proyecto no era posible si el eje había de girar alrededor del viejo Imperio Habsburgo, que dificultosamente entendía el moderno concepto de nación, correspondió a Prusia dar el impulso a una iniciativa que se fue fraguando a lo largo del siglo en un proceso de acumulación de territorios que confluía en 1871, en Versalles. Los primeros veinte años del Imperio alemán fueron conducidos por el canciller Bismarck quien, deseoso de consolidar la nueva Alemania, favoreció enormemente el desarrollo industrial del país para convertirlo en una potencia económica a la altura de quien hasta el momento había ejercido el liderazgo en este ámbito: Gran Bretaña. Por otra parte, puso en marcha un sistema de alianzas internacionales con dos objetivos: el aislamiento de su inveterado enemigo francés y el equilibrio en el centro de Europa. Anulado, tras su derrota en la batalla de Sadowa (1866), el potencial peligro

que pudiera suponer el Imperio austrohúngaro (supeditado, además, a sus propios problemas internos), el eje de la balanza en Centroeuropa giraba ahora en torno a Alemania. Este sistema de alianzas, los famosos sistemas bismarckianos, combinaba diversos tratados entre Rusia, Austria y otras potencias y su objetivo era garantizar a Alemania la paz en su frente oriental y privar a Francia de posibles aliados (en particular, su antiguo socio y objetivo de muchas de sus inversiones, Rusia). Dado que Gran Bretaña, ocupada en sus intereses marítimos, no era, *a priori*, un enemigo, el joven Imperio alemán podía robustecerse con toda tranquilidad. Bismarck convivió con los emperadores Guillermo I y Federico III, quienes no se entrometieron demasiado en sus decisiones políticas. Las dificultades comenzaron cuando, tras la muerte de Federico III a los tres meses de haber ascendido al trono, le sucedió su hijo Guillermo II. Guillermo, que era, por cierto, hijo de la primogénita de la reina Victoria, también llamada Victoria, acabó deshaciéndose de Bismarck para tomar él mismo las riendas del Gobierno de su país. Militarista acérrimo, estaba convencido de que Alemania tenía que poner en marcha una política de expansión que la pusiera al mismo nivel que las potencias europeas más importantes. Ello acabó con el sistema de equilibrios creado por Bismarck y lanzó a Alemania a una política exterior agresiva, que se vio reforzada por su cada vez más desarrollada potencia industrial (Stürmer, 2000).

En la ruptura de este sistema de equilibrios iba a jugar un papel fundamental el ingreso de Alemania en el grupo de las potencias coloniales. La cada vez más áspera competitividad económica entre las naciones industriales y las políticas de proteccionismo arancelario puestas en marcha a partir de la década de los noventa condujeron a aquellas a buscar nuevas

fuentes de materias primas y nuevos mercados más allá de las fronteras europeas. Todo ello no podía sino repercutir en los intereses de las dos grandes potencias coloniales del momento: Francia y Gran Bretaña, especialmente en los de esta última. Una buena parte del resto de los países europeos también disponían de territorios coloniales, o al menos intentaban hacerse con ellos. Sin embargo, no eran una amenaza acuciante para el gran Imperio británico, dueño de los mares desde que España perdiera la partida tiempo atrás. En la Conferencia de Berlín, celebrada en la capital alemana entre noviembre de 1884 y febrero de 1885, se pusieron sobre el tapete los intereses de las distintas potencias coloniales con el objetivo de distribuirse sus áreas de influencia en el continente africano. Allí acudieron británicos, franceses, alemanes, portugueses y una sociedad, la Association Internationale du Congo que, entre otros individuos y empresas, representaba los intereses particulares del rey Leopoldo II de Bélgica. A la Conferencia de Berlín asistieron, además, países que, en principio, no tenían grandes intereses en el territorio, pero que sí se hallaban preocupados por el juego de fuerzas que se podía derivar de las negociaciones. Entre estos países podríamos mencionar a España, Rusia, el Imperio austrohúngaro o los Estados Unidos, que se comprometieron a garantizar la integridad de Liberia como el único Estado libre de África, junto a Etiopía. Los acuerdos de la Conferencia de Berlín no pusieron punto y final a los conflictos entre las potencias, más bien los deslocalizaron, es decir, los desplazaron del continente europeo hacia otras zonas, ya fuera en África o en Asia, donde también se estaba dirimiendo la carrera colonial (Ceamanos, 2016). Un ejemplo claro es el llamado «Gran Juego», nombre con el que el escritor Rudyard Kipling popularizó las rivalidades que desde los años treinta del siglo XIX mantenía el Imperio

británico con Rusia en Asia central y en el Cáucaso. Otro caso fueron los choques entre británicos y franceses en África, culminados en la crisis de Fashoda (en el actual Sudán del Sur) en 1898.

En la reestructuración del sistema europeo tras 1870, además de la proclamación del Imperio alemán y de las crisis coloniales, hay que tener en cuenta otro elemento de enorme importancia, un elemento preexistente a los anteriores, pues había recorrido todo el siglo XIX y no tendría punto final hasta después de la Primera Guerra Mundial. Se trata de lo que se llamó en la época la «cuestión de Oriente», es decir, la lenta y progresiva desmembración del Imperio otomano (Veiga, 2006: 289-450). La incapacidad del Imperio otomano para adaptarse a la modernidad, las tendencias centrífugas de sus gobernantes territoriales (los pachás) y las ansias económicas de las potencias europeas fueron las sangrías de una entidad política que, en sus mejores tiempos, había dominado toda el área mediterránea, adentrándose hasta la zona del Cáucaso y llegando casi a la península arábiga. Arrebatar al Sultán el control del Mediterráneo oriental se había convertido para los británicos en una prioridad, pues les permitía el acceso a sus colonias asiáticas sin tener que bordear el continente africano. Lo mismo puede decirse con respecto a los franceses, quienes habían partido de Argelia en su penetración hacia el interior de África y para quienes el dominio de la zona del Sinaí facilitaba también su expansión por el área. La pugna por el control de la empresa gestora del Canal de Suez se convirtió pues, en una batalla económica de primer orden, vencida por los británicos al comprar las acciones del pachá de Egipto, acorralado por las deudas. El Canal, construido por el ingeniero francés Lesseps e inaugurado por la emperatriz Eugenia en 1869, acabó convertido

en una zona desmilitarizada bajo protección británica, como estableció la Conferencia de Constantinopla de 1888. Así, el Imperio de la reina Victoria tenía asegurada su ruta a la India, su colonia más preciada.

Más allá de los apetecibles territorios otomanos, que iban a convertirse en colonias o en protectorados de las potencias europeas, uno de los grandes problemas de la desmembración del Imperio de la Sublime Puerta lo constituyeron sus enclaves europeos. Tras la guerra de independencia de Grecia a principios del siglo XIX, que tantos ríos de tinta hizo correr a los que pensaban que con ello se arrebatara al Islam una tierra cristiana que era, para más inri, la cuna de la civilización europea, muchas otras regiones desarrollaron sentimientos nacionalistas, apoyadas por el interés político de algunas grandes potencias europeas, interés disfrazado de hermandad religiosa o de altruismo. Uno de los casos más significativos fue el de Bulgaria, levantada en armas contra el Sultán en 1876, acontecimiento que precipitó la guerra ruso-turca de 1877-1878, que terminó con el tratado de San Estéfano, por el que se creaba el Principado de Bulgaria. En esta guerra también participó junto a los rusos el Principado de Valaquia, formado por Rumanía y Moldavia. Después de este conflicto, Rumanía consiguió también su independencia. Poco después les tocaría el turno a Serbia, Bosnia y Montenegro. La independencia de los territorios balcánicos del Imperio otomano no significó el fin de los conflictos en la zona, pues el ansia expansionista de algunos de estos nuevos Estados acabó desencadenando enfrentamientos entre ellos. Las guerras balcánicas de 1912 y 1913 expulsaron a los otomanos de Europa, pero abrieron un nuevo foco de inestabilidad, en el que hay que buscar uno de los orígenes de la Primera Guerra Mundial.

El resquebrajamiento del antiguo sistema de alianzas, provocado por los acontecimientos que se acaban de comentar, contribuyó a redefinir la situación del continente europeo entre la década de los noventa del siglo XIX y la primera década del siglo XX. Las desconfianzas de Rusia respecto a Alemania en relación al Imperio austrohúngaro le condujeron a no renovar el tratado de Reaseguro que habían firmado en 1887. Francia, por su parte, volvió a establecer interesantes acuerdos económicos con Rusia a partir de 1893. Además, una vez superados sus problemas coloniales con Gran Bretaña, y gracias a la actividad diplomática de Théophile Delcassé, consiguió restaurar su papel en el concierto europeo. Delcassé negoció un acuerdo de neutralidad con Italia en 1902 y una entente con Gran Bretaña en 1904. Este último tratado es especialmente significativo porque acababa con la relación conflictiva que habían mantenido ambas naciones desde el siglo XVIII, relación conflictiva que solo se había visto suavizada en momentos puntuales, como la guerra de Crimea. Entre estos movimientos diplomáticos se halla la Triple Entente, firmada en 1907 y apoyada en la alianza franco-rusa de 1892, la entente franco-británica de 1904 y el acuerdo ruso-británico de 1907, que regulaba sus conflictos en Asia. No se trataba de una sólida y firme alianza, pues el compromiso de los británicos no pasó de un mero apoyo diplomático a sus aliados si los alemanes declaraban la guerra a franceses o a rusos, pero marcaba las pautas para la formación de uno de los bandos contendientes de la Primera Guerra Mundial. El otro se construyó a partir de la tradicional alianza entre las potencias centrales (Alemania y Austria-Hungría) y los restos del Imperio otomano, que quería así vengarse del apoyo que Rusia había dado a la independencia de los principados y territorios balcánicos que anteriormente se hallaban bajo su control (MacMillan, 2014).

La situación de España: el cambio a distintas velocidades

Casi siempre, cuando se piensa en la España de finales del siglo XIX, la memoria corre veloz a 1898 y las guerras de Cuba y de Filipinas, y entonces, la palabra que acude a nuestras mentes es «desastre». Desastre militar que fue desastre colonial, desastre político, desastre social. Y sobre este desastre completo, los españoles de los siglos XX y XXI han leído el siglo XIX: el siglo del desastre. Al hacer esto, se está dejando de lado que, más allá del desastre de 1898 (un desastre, el de Cuba y Filipinas, bastante esperable, por otra parte), el siglo XIX fue el siglo de la construcción del Estado liberal en España, de la moderna Administración Pública y del sistema representativo que constituye la base de nuestra democracia. Inestabilidad política, pronunciamientos, crisis económicas... son las expresiones que, aún hoy y con lo que ha cambiado la interpretación historiográfica de aquella época, se utilizan para explicarla, encontrando ahí las raíces del gran desastre final que fue la Guerra Civil de 1936. Pensar así es, o desconocer absolutamente la historia de Europa del mismo siglo, o prestar una atención única e interesada a aquellos acontecimientos que sirven para seguir manteniendo la narrativa de la excepcionalidad española. Lo primero, tiene arreglo. Lo segundo, no es sostenible a estas alturas. Si España hubiera sido un desastre de la magnitud que en ocasiones se nos presenta, no habría estado, entre otras cosas, en condiciones de llevar adelante los proyectos que nos ocupan en este trabajo: las exposiciones finiseculares. Más allá de esta pequeña reivindicación, que no pretende más que aportar un poco de realismo al análisis de la historia contemporánea de España, alejándonos de triunfalismos y de derrotismos infructuosos, conviene conocer, al menos superficialmente, qué es lo que sucedía en nuestro país mientras que en el resto

de las naciones europeas tenían lugar los acontecimientos que se han narrado con anterioridad.

Tras la revolución de 1868, volvió a asentarse en España la dinastía Borbón en la persona de Alfonso XII, con un régimen que, guiado en buena medida por Antonio Cánovas del Castillo, buscaba una estabilidad política que garantizase la estabilidad económica y social por la vía de la alternancia en el Gobierno de los dos principales partidos políticos del sistema: el Partido Liberal y el Partido Conservador. El primer golpe a este entramado se produjo con la muerte del joven rey en 1885. Hasta el momento, solo habían nacido dos niñas, pero la reina se encontraba embarazada de su tercer hijo, por lo que aún no se sabía si habría heredero varón o si, por el contrario, heredaría el trono la, en ese momento, princesa de Asturias: María de las Mercedes, llamada así en honor a la primera esposa del rey. La situación preocupaba extraordinariamente por su similitud con lo sucedido en 1833 con la muerte del rey Fernando VII. Sin embargo, ni María Cristina de Habsburgo, viuda del joven monarca, era María Cristina de Borbón, ni la Corona española se quedó sin su heredero varón, pues el 17 de mayo de 1886 la reina dio a luz un niño, el futuro Alfonso XIII. Durante el periodo de la regencia, a cuyo cargo estuvo María Cristina de Habsburgo, si bien el régimen del turno empezó a mostrar los primeros síntomas de su artificialidad, la sensatez de la regente y la colaboración de los políticos interesados en el mantenimiento del *statu quo* permitió que se mantuviese la tan ansiada tranquilidad. Sin embargo, cuando un régimen no presta atención al cambio social, se expone a verse sobrepasado por él. Esa era la situación de España. Por debajo de esa calma aparente, se estaban moviendo nuevas fuerzas que, aunque no solo, habían nacido de los propios cambios

económicos que había propiciado la modernización de las estructuras que el régimen había avalado o que, en aquellos lugares a los que no llegó la modernización, ofrecían los síntomas del desajuste con la evolución de los tiempos. Esto último fue particularmente evidente en el mundo rural, anclado en unas formas productivas anacrónicas, casi de subsistencia, en especial en las zonas de latifundio. En definitiva, lo que se observa en esa España de las décadas de los ochenta y de los noventa es un país polarizado entre el mundo del campo, poco dinámico, con unos niveles de eficiencia productiva muy mejorables y, por lo tanto, con unos estándares de vida muy bajos para los trabajadores, y el mundo urbano. Un mundo urbano, todo hay que decirlo, muy plural, con ciudades que se movían a distintas velocidades, pero que estaban dando los pasos, o los habían dado ya, para su transformación urbanística. Las más dinámicas habían abierto nuevos espacios para el asentamiento de aquellos que emigraban del campo en busca de oportunidades mejores por medio del derribo de las viejas murallas medievales. Se estaba sembrando la semilla de algo que florecería en las primeras décadas del siglo xx.

La España que pondrá en marcha las exposiciones finiseculares será, por tanto, la de la regencia de María Cristina de Habsburgo. Se trata de un periodo que, al igual que en el resto de Europa, estuvo plagado de novedades e incertidumbres. Una de las más importantes fue la concesión definitiva del sufragio universal a los varones en 1890, que había quedado abolido tras la sustitución de la Constitución de 1869 por la de 1876. El sufragio universal trastocó muchas cosas en el aparentemente estable mundo de la Restauración. En el entorno rural obligó a redefinir el significado de las tradicionales prácticas caciquiles, para modernizarlas y adaptarlas

a los requerimientos del sistema electoral. Sin embargo, en el ámbito urbano, donde los tentáculos del cacique llegaban con más dificultad o, simplemente, no podían llegar, es donde se empezó a producir un cambio significativo, comenzando por los ayuntamientos y, poco a poco, dando el salto a otras instituciones. De este modo, republicanos y socialistas entraron a formar parte, por medio de la Conjunción Republicano-Socialista, del paisaje político español. El Partido Socialista Obrero Español, fundado en 1879, conocerá, como sus correlatos europeos, los mismos debates acerca del camino reformista o del revolucionario como mecanismos para la transformación social. Los republicanos, por otra parte, habrán de plantearse nuevas vías de acción, al ponerse de manifiesto que las alternativas tendentes a la revuelta militar, seguidas por el republicanismo en el exilio dirigido por Manuel Ruiz Zorrilla, habían quedado completamente agotadas después del levantamiento del general Villacampa en 1886. Si el republicanismo quería seguir teniendo un papel importante como alternativa política en los márgenes del sistema bipartidista debía superar sus eternas divisiones (cosa que no logró) y modificar sus planteamientos políticos para resultar atractivo a sus bases (Diego, 2008). Un desafío semejante habrían de afrontar los partidos del régimen, pues la ampliación del cuerpo electoral les obligaba, también a ellos, a reformular el discurso que se ofrecía al votante. Los tradicionales partidos del sistema, los ya mencionados Partido Conservador y Partido Liberal, poco podían ofrecer al elector, en particular al trabajador que, en líneas generales, no encontraba en ellos un mensaje que apelase a sus necesidades (Suárez, 2007: 121-150).

La España de la Restauración no solo va a conocer un cambio en el panorama político por la vía de la aparición de

partidos y sindicatos escorados políticamente a la izquierda, sino que también va a ser testigo del surgimiento de otras corrientes que iban a tener una gran importancia en el acontecer del país en el siglo xx. Se hace referencia aquí al nacimiento y desarrollo de los nacionalismos catalán y vasco. El rescate cultural de la lengua catalana no era algo nuevo, pues se había mantenido una cierta tradición literaria en catalán que se robusteció en el siglo xix. Para ello, como para otras actividades, tuvieron gran importancia la celebración de los juegos florales, certámenes culturales que acabaron teniendo una gran carga política en algunas regiones españolas. En Cataluña se rescató esta vieja tradición con la intención de premiar las composiciones literarias en catalán, en un intento de prestigiar la lengua y modernizar su uso literario. Poco a poco, estas celebraciones se fueron politizando, convirtiéndose en activos agentes de catalanización. A ello se unirían otras actividades de ocio, como el asociacionismo deportivo y el musical o como la fundación de instituciones y grupos políticos como el Centre Català (1882), la Unió Catalanista (1891), el Institut d'Estudis Catalans (1907) o la Lliga Regionalista (1901). La prensa desempeñó un papel muy importante para la normalización del uso de la lengua entre las personas de cierto nivel social y educativo, lo que permitía abrir las demandas del catalanismo a la burguesía y, por tanto, desplazarlas de los ámbitos más minoritarios del intelectualismo y del republicanismo federal. Así, entre otros, tuvieron una gran importancia periódicos como *El Diari Català*, fundado por Valentí Almirall en 1879, que fue el primer periódico moderno escrito totalmente en esta lengua, y *La Veu de Catalunya*, aparecido en 1899. En el catalanismo hay que destacar aquí el relevante papel de arquitectos como Lluís Domènech i Montaner, intelectuales y periodistas como el citado Almirall o Enric Prat de la Riba

y políticos como Francesc Cambó, cuyo papel en la política nacional durante las primeras décadas del siglo xx iba a tener una gran trascendencia. A lo largo del periodo que estamos tratando, el catalanismo conocerá una evolución muy clara hacia una decidida politización de sus planteamientos, que es perceptible en dos documentos que, en pocos años, simbolizaron dicho cambio. El primero de estos documentos es el *Memorial de Greuges*, o *Memorial de Agravios*. Se trata de un texto enviado a Alfonso XII en 1885 en el que se planteaba al rey (y, por extensión, al Gobierno) la toma en consideración de una estructura regional para España, en la que las peculiaridades históricas de cada territorio fueran reconocidas. Es decir, era un manifiesto contra la centralización y la unificación que se atisbaba en los proyectos para la redacción del Código Civil, que finalmente sería aprobado en 1889. Las *Bases de Manresa* es el segundo texto, publicado en 1892. Nos encontramos aquí con un programa político claramente diseñado para demandar una autonomía política dentro del Estado español. Las *Bases de Manresa* recogen, en cierto modo, la tradición del republicanismo federal, estableciendo las competencias que le cabrían al poder central y las que le corresponderían al poder regional. No estamos hablando aún aquí de un nacionalismo separatista, sino del establecimiento de un Estado federal (Claret y Santirso, 2014).

Más lentamente se fue forjando el nacionalismo vasco, aunque será precisamente en esta década final del siglo cuando se acelere su proceso de maduración. En el caso del euskera, el uso de la lengua estaba muy asociado a entornos rurales y a personas de escaso nivel social y educativo. Precisamente por estas razones, el idioma necesitaba de una actualización para adaptarse a las novedades del siglo. La tarea corrió a

cargo de varios lingüistas interesados en el asunto, como Resurrección María Azcue. En el desarrollo del nacionalismo vasco se entremezclan cuestiones muy diversas. Una de ellas es la industrialización y los cambios que trajo aparejados en forma de destrucción del paisaje natural y llegada de trabajadores inmigrantes procedentes de otras regiones de España. Ambos cambios fueron entendidos como las consecuencias indeseadas de la modernidad, que atacaban la tradicional forma de vida del entorno rural. Otra de las cuestiones significativas para el conocimiento del nacionalismo vasco en esta época fue la reacción ante el intento de suprimir el régimen fiscal foral de Navarra en 1893, lo que se llamó la «gamazada», es decir, la protesta contra las intenciones unificadoras en materia impositiva del ministro de Hacienda Germán Gamazo. La supresión no llegó a llevarse a efecto por la salida de Gamazo del Gobierno. Las antiguas provincias forales habían perdido sus peculiaridades con la Constitución de 1876 y la decisión de Cánovas del Castillo de poner fin al foralismo, una vez terminada la última guerra carlista. Sin embargo, a la foralidad tradicional la sustituyó la política de conciertos económicos con los territorios vascos a partir de 1878, en lo que puede ser considerado otra forma de foralidad. En este contexto se fue formando el nacionalismo vasco, en el que confluyeron distintas sensibilidades, que alcanzaron mayor o menor fuerza según los momentos. Entre ellos cabría mencionar a las tendencias más puramente nacionalistas, a algunos carlistas que habían abandonado la facción y a ciertos foralistas que habían canalizado su deseo de mantener las peculiaridades históricas de los territorios forales por la vía del nacionalismo. Si hay un personaje que cataliza la naciente fuerza del nacionalismo vasco en estos años es Sabino Arana, cuya transición ideológica desde el carlismo hasta el nacionalismo es el símbolo del viaje que

otros muchos contemporáneos realizaron también por aquella época. Fue en el famoso discurso que pronunció en el caserío Larrazábal (Begoña, Bilbao) el 3 de junio de 1893, con motivo de un banquete ofrecido por la Asociación Euskalerriaka de Bilbao, cuando hizo público este viraje desde el carlismo, en el que se había educado y al que había estado siempre vinculada su familia, hacia el nacionalismo, gracias a la influencia de su hermano Luis. Sabino Arana se movía aún en el terreno del vizcainismo, es decir, en la concepción de que en la provincia de Vizcaya es donde se hallaba la esencia del pueblo vasco. De hecho, *Bizkaitarra* fue el título del periódico que publicó en 1893 para difundir sus ideas. A los Arana le debe el nacionalismo muchos de sus elementos simbólicos, como la ikurriña, y políticos, como la fundación del Partido Nacionalista Vasco (1895). Sin embargo, no todo el nacionalismo vasco se reduce a Sabino y Luis Arana. Personaje de gran importancia en este movimiento fue Ramón de la Sota y Llano, empresario naviero y una de las mayores fortunas de su tiempo. Sota representa, en el nacionalismo vasco, una tendencia distinta, vinculada a la sociedad fuerista Euskal Erría, de la que fue fundador otro de los foralistas más destacados del siglo XIX: Fidel de Sagarminaga (Granja, 1995; Rubio, 2003).

Los casos catalán y vasco responden a la politización de un sentimiento de reivindicación de lo local, entendido en diversos niveles territoriales, que se manifestó en los movimientos regionalistas que ya eran perceptibles en el mundo de la cultura desde años anteriores. Frente a las tendencias universalistas y uniformizadoras, herederas de la Ilustración, que adoptó el liberalismo del siglo XIX en su objetivo de construir el moderno Estado-nación, el Romanticismo había generado un interés por lo propio, por lo que se

consideraba auténtico, no contaminado por las influencias foráneas, es decir, un interés por la diversidad que, a finales del siglo, iba a interpretarse en una comprensión de la región como entidad sentimental (Fusi, 2000: 39-46). Todo ello explosionaría después en una enorme riqueza literaria y artística que releía el costumbrismo romántico en la forma de un realismo y un naturalismo que mostraban a la vez la dureza y la belleza de las diversas tierras de España. Las obras valencianas de Vicente Blasco Ibáñez son el ejemplo más evidente.

La década de los noventa, cuando alcanzaron su madurez todos estos movimientos políticos y culturales, fue, por tanto, un periodo inestable en el que la palabra que sobrevolaba la política y la cultura españolas era «regeneración». La crisis del 98 no hizo más que profundizar en esa reflexión. El regeneracionismo nació como aspiración a vivificar el agotado cuerpo social (Navarra, 2015). La ficción construida por Cánovas, que tuvo su funcionalidad durante un tiempo y que, ciertamente, ayudó a garantizar la estabilidad de la Monarquía y a mantener las instituciones representativas, acabó agotándose por su casi nula renovación, por su incapacidad para adaptarse a los nuevos tiempos. La sensación, perceptible en políticos e intelectuales, era la de un país agarrotado, un país abatido. Con esta gran capacidad para aplicar terminología médica a la situación política, los regeneracionistas hablaban de país enfermo, de lasitud, de agotamiento. Y algunos de ellos, como Joaquín Costa, apelaban a un cirujano de hierro que operase a la nación y le devolviese la vida, expresión, la de cirujano de hierro, que llegaría a ser interpretada políticamente de muchas maneras. El ingeniero y geólogo Lucas Mallada analizaba estos problemas en su libro *Los males de la patria y la futura revolución española*

(1890), mientras que el citado Costa y Macías Picavea criticarán el caciquismo como una de las claves explicativas de los problemas de España (en *Oligarquía y caciquismo en España*, el primero, y en *El problema nacional*, el segundo). El político y ensayista Francisco Silvela condensará este diagnóstico en una locución que ha acabado por hacerse muy conocida, «España sin pulso», aparecida en un artículo que publicó en agosto de 1898 en el periódico *El Tiempo*, y que resume sus impresiones sobre el país tras producirse la pérdida de Cuba y Filipinas. Las propuestas de los regeneracionistas fueron muy variadas. Algunas pueden parecer hoy, a la luz de lo que sucedió años después tanto en España como en Europa, bastante poco efectivas, basadas en un arbitrio propio de otros tiempos. Sin embargo, y más allá de su aplicación, revelan un estado de ánimo, una preocupación moral y, desde luego, también material por el estado del país. Muchos de ellos bajaron a terrenos más prácticos y consideraron que, en lugar de dar vueltas a cuestiones existenciales que poco iban a aportar a la realidad del país, resultaba más útil ocuparse de la construcción de obras de ingeniería que permitiesen llevar el agua allá donde se la necesitase, para irrigar los campos y así poder alimentar a la población; o también acercar la educación a todos aquellos que, careciendo de posibilidades, podían ser más útiles para sí mismos, para sus familias y para su país si se les facilitaba el acceso a la cultura, impidiendo así la pérdida de tantos talentos. En resumidas cuentas, la escuela y la despensa, de las que hablaba Joaquín Costa. Las ideas de los regeneracionistas se plasmaron literariamente en buena parte de la obra de la Generación del 98 y sembraron las semillas de los planteamientos de la generación siguiente, la del 14, que los releyó en clave europeísta (Trapiello, 1997; Menéndez, 2006).

Por otra parte, durante este periodo España se vio arrasada por un fenómeno político común al resto de Europa: el terrorismo y, más concretamente, el magnicidio. El terrorismo como arma política no constituía una novedad de esta época, ciertamente, pero sí lo fue su gran alcance, debido en buena manera al auge de los medios de comunicación y, en particular, gracias a la prensa de masas, que amplificaba el eco de cualquier atentado. El desarrollo de la moderna violencia política alcanzará en esta época unas magnitudes no vistas hasta el momento, que tenían en el magnicidio su máximo exponente. El asesinato de una persona relevante por su posición social y/o política siempre era una noticia que saltaba las fronteras y que generaba recelos en las autoridades y en los Gobiernos. Es lo que se denominaba, en la conceptualización que de él habían hecho los anarquistas italianos Enrico Malatesta y Carlo Cafiero, la «propaganda por el hecho», es decir, el acto terrorista se convertía en una acción revolucionaria que alcanzaba una mayor repercusión por la persona sobre la que se practicaba, independientemente de que tuviera o no éxito. El terrorista, que en muchas ocasiones acababa siendo detenido y ejecutado, se consideraba, así, el mártir de una causa política. En otros casos, el terrorista no actuaba sobre una persona en concreto, sino sobre lo que representaban determinadas instituciones, de ahí que otras formas de ejercer la violencia política consistieran en el lanzamiento de bombas u otros artefactos explosivos en calles concurridas, en lugares públicos de esparcimiento, culto religioso, etc. El objetivo, en este caso, era generar el pánico entre la población y desestabilizar el orden social (Avilés y Herrerín, 2007). Aunque desde épocas previas a la que nos ocupa se habían producido ataques a personajes de la realeza, el primer atentado que modernamente responde a las líneas trazadas con anterioridad fue el

que se ejerció contra el emperador Napoleón III y su esposa Eugenia en 1858 cuando, camino a la ópera, un grupo de nacionalistas italianos les lanzó una bomba, la famosa bomba Orsini, cuyo nombre se debe precisamente a uno de los terroristas, Felice Orsini. A partir de ese momento, muchos fueron los mandatarios que, o resultaron heridos, o murieron como consecuencia del terrorismo. Entre los fallecidos, y sin hacer mención a los atentados a gobernantes no europeos, podríamos apuntar aquí algunos nombres, como los del zar Alejandro II (muerto en 1881), el presidente de la República francesa Sadi Carnot (en 1894), la emperatriz Isabel de Austria (en 1898), el rey Humberto I de Italia (en 1900), el dirigente socialista Jean Jaurès (1914), el archiduque Francisco Fernando de Austria y su esposa (1914), etc. En 1852, la reina Isabel II había sufrido un ataque por parte de un sacerdote con sus facultades mentales perturbadas, de ahí que no se considere este atentado como un magnicidio con el sentido con el que se ha venido utilizando la palabra hasta este momento. El primer magnicidio moderno acontecido en España fue el asesinato del general Prim, al que sucederían los intentos de atentado a los reyes en varias ocasiones, desde Amadeo I hasta Alfonso XIII (con cinco intentos, entre ellos el acaecido el día de su boda en 1906), pasando por Alfonso XII, que sufrió dos ataques, el primero en 1878 y el segundo en 1879. Peor suerte tuvieron los dirigentes políticos. Aunque el 20 de junio de 1893 la bomba que iba a ser lanzada sobre la casa de Cánovas del Castillo acabó explotándole al propio terrorista, el 8 de agosto de 1897 el anarquista italiano Michele Angiolillo acabó con la vida del presidente del Consejo de Ministros en el balneario de Santa Águeda (Mondragón). El 12 de noviembre de 1912 el presidente José Canalejas murió a consecuencia de uno de los tiros disparados por el terrorista Manuel

Pardiñas, quien se suicidó poco después al verse acorralado por la policía. El 3 de marzo de 1921 fue tiroteado Eduardo Dato, también presidente del Consejo de Ministros, en represalia por su apoyo a la Ley de Fugas, que permitía las ejecuciones extrajudiciales. Durante este periodo se produjeron dos atentados que no fueron propiamente magnicidios, pero que tuvieron una gran repercusión social. Uno de ellos fue el lanzamiento de una bomba en el Liceo de Barcelona el 1 de noviembre de 1893. Este atentado era un ataque a las clases privilegiadas, a la burguesía catalana, que tenía en el teatro del Liceo uno de sus más importantes espacios de sociabilidad. El otro fue el conocido como el atentado del Corpus y tuvo lugar el 7 de junio de 1896. Consistió en el lanzamiento de un artefacto explosivo durante el paso de la procesión del Corpus Christi en la iglesia de Santa María, en Barcelona. El resultado final fueron doce muertos y varias decenas de heridos. El atentado tuvo una enorme repercusión porque el Gobierno, decidido a buscar culpables, acabó deteniendo y torturando en el castillo de Montjuic a muchos dirigentes sindicales y anarquistas, que no habían tenido nada que ver con el ataque. De hecho, este acto terrorista fue duramente criticado por las organizaciones obreras, ya que perjudicaba sus propios intereses. Las protestas de estas organizaciones, de escritores y periodistas, de la prensa nacional e internacional dio lugar a un gran debate acerca de los métodos utilizados por el Gobierno para la represión del terrorismo. La gran campaña de movilización de la opinión pública a través de la prensa que se suscitó como consecuencia de las detenciones y de las torturas de personas inocentes permite afirmar que este acontecimiento dio pie al nacimiento de la figura del intelectual en España, como lo fue el *affaire* Dreyfus en Francia (Aubert, 1993: 28).

La sociedad europea en movimiento

Después de esta descripción de la situación en España y en el resto de Europa, cualquier lector tendría la impresión de que el continente se hallaba en una situación realmente preocupante y, como consecuencia de ello, se haría la siguiente pregunta: ¿cómo es posible que no hubiera empezado antes la Primera Guerra Mundial y/o cómo es posible que no hubiera estallado antes la revolución social? Sin embargo, esa sería una apreciación equivocada, pues en esa Europa que, cierto es, se mostraba cada vez más convulsa políticamente, también se estaban produciendo acontecimientos positivos y estaban naciendo otros movimientos sociales que iban a tener una gran repercusión en el futuro siglo. Dejemos de lado las guerras, los magnicidios y las luchas coloniales y adentrémonos en otras realidades. En este apartado, nos acercaremos a algunos hechos especialmente representativos, como fueron el desarrollo del movimiento sufragista, las exposiciones universales y los avances científicos. Se podrían haber seleccionado otros acontecimientos, como la celebración de los primeros Juegos Olímpicos modernos entre el 6 y el 15 de abril de 1896 en Atenas. Sin embargo, los tres de los que aquí nos vamos a ocupar son especialmente significativos de cara a la centuria que se aproximaba.

El movimiento sufragista tuvo un gran alcance no solo porque a largo plazo transformó las relaciones sociales al convertir a la mujer en un sujeto político en iguales condiciones que el hombre, sino también porque sentó las bases de un repertorio de acciones colectivas que en años posteriores iban a ser imitadas por otros movimientos políticos y sociales, como las huelgas de hambre, el encadenamiento a

instituciones oficiales, etc. Las exposiciones universales, por su parte, nos entroncan con el objetivo de este texto y de las exposiciones que nos ocupan. Además, nos muestran que, junto a las tendencias introspectivas, existía a la vez en Europa una dinámica abierta al intercambio y al conocimiento del otro. Bien es cierto que estamos hablando de algo que repercute en una parte no generalizada de la población. Sin embargo, es importante porque revela tendencias muy claras que contrarrestan las posiciones del belicismo propiciado por la carrera de armamentos puesta en marcha por las naciones europeas. Los avances de la ciencia, por último, estaban sentando las bases de una transformación radical en las formas de vida. La aplicación de los nuevos descubrimientos a la vida cotidiana iba a permitir desde la ampliación de la esperanza de vida hasta la generalización progresiva de la electricidad en los hogares o la modernización de los sistemas de transporte.

El movimiento sufragista en Europa

Como se señalaba más arriba, es curioso observar que, a la vez que se producían estos fenómenos, iba cobrando fuerza otro movimiento que, al igual que el internacionalismo, también detendría su camino con la Primera Guerra Mundial para emprenderlo con gran brío después de la misma. Se trata del movimiento sufragista. La historia de la reivindicación de los derechos de la mujer es larga. Podemos remontarnos a la Revolución francesa (si no queremos ir más atrás) para encontrar a personajes como Olympe de Gouges o Théroigne de Méricourt. O incluso a Mary Wollstonecraft, quien vivió un tiempo en la Francia revolucionaria y después retornó a su país, donde se

convirtió en una defensora de la educación de la mujer como mecanismo más poderoso para lograr su emancipación. A Wollstonecraft le pudo la biología, pues murió como consecuencia del parto de su hija Mary (la futura Mary Shelley), pero dejó una herencia que aún hoy es ampliamente reconocida. Entre los numerosos seguidores de estas ideas habría que destacar a John Stuart Mill. Su trabajo sobre el sometimiento de la mujer sirvió también de inspiración para que muchas mujeres y algunos hombres se embarcaran en un movimiento cuyo objetivo era la consecución del derecho de sufragio femenino. El primer país que concedió el derecho de sufragio a la mujer fue Nueva Zelanda en el año de 1893, aunque hasta 1919 no pudieron ser elegibles. Anteriormente, el estado norteamericano de Wyoming había concedido el voto a las mujeres blancas. En Europa, se obtuvo por primera vez en el Gran Ducado de Finlandia (perteneciente entonces al Imperio ruso) en 1907, donde además fueron elegidas las primeras mujeres parlamentarias del mundo. El movimiento se detuvo con el estallido de la guerra en 1914. Durante la confrontación, muchas mujeres se incorporaron al mundo laboral, al ocupar puestos de trabajo anteriormente desempeñados por hombres. Las necesidades de la guerra y la marcha de los varones al campo de batalla facilitaron las cosas. Después de la guerra, muchas mujeres continuaron en sus puestos. Por una parte, porque ya se habían acostumbrado al trabajo fuera del hogar; por otra, porque sus salarios solían ser inferiores a los de los hombres y, por lo tanto, para los empresarios resultaba mucho más rentable contratar personal femenino; en tercer lugar, porque muchas habían quedado viudas y/o huérfanas y necesitaban ingresos. Terminado el conflicto, algunos países cambiaron sus anteriores políticas

de rechazo al sufragio femenino y decidieron otorgar el voto a la mujer. En la Unión Soviética este hecho tuvo lugar en 1917, como resultado de la revolución. En Gran Bretaña, las mujeres alcanzaron el derecho de elegir y de ser elegidas en 1918, con algunas condiciones: ser mayor de 30 años y disponer de propiedades (Crawford, 1999; Mayhall, 2003).

Como es sabido, España no fue de los países más atrasados en la concesión del voto a la mujer. Ello se produjo en 1931 y la primera vez que se pudo ejercer fue en 1933. El debate entre Clara Campoamor y Victoria Kent al respecto es un interesante ejemplo de hasta qué punto la cuestión tuvo una importancia muy significativa en el contexto político de la época. Otros países, como Francia o Italia, concedieron el sufragio a la mujer a partir de 1944. El movimiento por los derechos de la mujer en España comenzó a desarrollar una actividad de mayor envergadura a partir del Sexenio Democrático (1868-1874) y tuvo una honda preocupación por el papel de la educación como elemento de liberación, como muestran las Conferencias Dominicales para la Mujer, impulsadas por Fernando de Castro a partir de 1869. Se implicaron en este proyecto o en otros de similares características conocidas escritoras, abogadas y periodistas, como Emilia Pardo Bazán, Rosario Acuña o Concepción Arenal, junto a activistas menos célebres ahora pero muy dinámicas en su tiempo, como Ángeles López de Ayala, Belén Sárraga, las hermanas Amalia y Ana Carvia Bernal, etc. Durante este periodo y ya entrado el siglo xx, se crearon muchas sociedades con el mismo objetivo, entre las cuales es la Asociación Nacional de Mujeres Españolas la más conocida. Se mantuvo en plena actividad entre 1918 y 1936 (Fagoaga, 1985; Franco, 2004: 455-484).

Exponer, exhibir y darse a conocer

Las exposiciones universales (conocidas internacionalmente como las *Expositions Universelles* o *World's Fairs*) comenzaron a celebrarse tras la exposición de Londres de 1851. Desde entonces, y hasta 1914, se celebraron exposiciones universales en las siguientes ciudades: París (1855, 1867, 1889, 1900), Amberes (1885, 1894), Barcelona (1888), Bruselas (1897, 1910), Chicago (1893), Filadelfia (1876), Gante (1913), Londres (1851, 1862), Lieja (1905), Melbourne (1880), Milán (1906), Saint Louis (1904) y Viena (1873).

Nacieron en un contexto de expansión industrial y sirvieron para dar a conocer sobre todo los avances en materias científicas y tecnológicas, aunque también en cuestiones de tipo cultural. En realidad, las exposiciones se convirtieron en un escaparate internacional de la fuerza económica y de la potencia industrial de las naciones más desarrolladas. A ellas acudía cada país para mostrar aquellos aspectos de su realidad que consideraba más destacables. Aquellos países que se hallaban en pleno auge económico hacían exhibición de su poderío, como Estados Unidos en la de Filadelfia de 1876; los demás, mostraban aquellos aspectos de su cultura, de su historia o de su riqueza natural que se podían permitir. En todo caso, lo más interesante de estos certámenes fue el intercambio de ideas, inventos y proyectos, las visitas de los ciudadanos y los turistas, que ampliaban sus horizontes vitales, y el conocimiento público de los avances, que agrandaban el optimismo decimonónico por el progreso, un optimismo que se daría de bruces con la realidad entre 1914 y 1918 (Greenhalgh, 1988). No todas las exposiciones alcanzaron las dimensiones de la de Londres de 1851 o la de París de 1889, con dos construcciones que

marcaron su época: el Crystal Palace, de Joseph Paxton, y la torre Eiffel, del ingeniero del mismo nombre. En definitiva, no todas fueron grandes exhibiciones con el apelativo de universales, pues también hubo ferias de más reducidas dimensiones o dedicadas a alguna actividad en concreto (ferias industriales, agrícolas, nacionales, regionales, etc.). En cualquier caso, son una muestra más de una época en la que las interconexiones comerciales y culturales compartían espacio con las aspiraciones proteccionistas del nacionalismo político y económico; una época en la que el consumo, exhibido como una conquista de la modernidad, se ofrecía a los visitantes en un entorno de ocio y diversión (Marinas y Santamarina, 2015).

España también participó de la fiebre expositiva asistiendo a certámenes en el extranjero y celebrando otros en el país. De hecho, el periodo que nos ocupa en estas páginas podría abrirse y cerrarse con dos exposiciones celebradas en Barcelona: la de 1888 y la de 1929. Entre estas dos fechas se continuaron celebrando las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, que habían comenzado su periplo en 1856 y a ellas se unieron las que tenían otros objetivos, como las industriales, las de materias agrícolas, las antropológicas e históricas, como las que conmemoramos, etc. Esta suerte de museos efímeros sirvió, entre otras cosas, para dar a conocer al público el patrimonio cultural y la herencia histórica y natural del país y de sus territorios coloniales. Algunas de las exposiciones más importantes del periodo fueron la «Exposición General de las Islas Filipinas» de 1887 (Sánchez, 2003) y las Exposiciones Históricas de 1892-1893: la Exposición Histórico-Americana, la Exposición Histórico-Europea y la refundición posterior de ambas en la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica (Rodrigo del Blanco, 2017).

Los avances de la ciencia y la crisis espiritual de Europa

Uno de los grandes focos de atracción en estas exposiciones fueron los descubrimientos científicos. El fin de siglo aparecía ante los contemporáneos como una época repleta de posibilidades en la que, más tarde o más temprano, todo se podría conseguir. El optimismo político y económico, que cada vez planteaba más dudas, había dado paso al optimismo científico. En las décadas finales del XIX culminó todo un siglo de trabajo en diversas áreas científicas, que primero se había visto favorecido por el aumento del número de personas dedicadas a estas materias; segundo, por la creación de instituciones que las apoyaron; tercero, por el incremento de reuniones y de publicaciones de carácter profesional que permitieron un intercambio muy fluido de ideas, lo que no podía más que redundar en el enriquecimiento de un campo, como el de la ciencia, en plena expansión. La sucesión de descubrimientos, tanto en medicina como en ingeniería, química, física, etc. es la clave que explica esa especie de escalera por la cual unos científicos se apoyaban en otros. Así, la síntesis de Alexander Fleming de la penicilina no habría sido posible sin el trabajo previo de otros científicos, como Joseph Lister o Louis Pasteur, por poner un conocido ejemplo que dio pie a lo que se conoce como la era antibiótica. Es esta la época en la que se descubre la radioactividad (Becquerel, el matrimonio Curie, Rutherford) o los rayos X (Röntgen), se produce un gran avance en la creación de vacunas, o se mejoran las técnicas de diagnóstico. Una buena parte de los descubrimientos científicos de la época están directamente relacionados con las necesidades de la industria, en especial la química, la física y la ingeniería, lo que permitió dar un paso de gigante en la ciencia aplicada. Berthelot, Dumas, Faraday, Maxwell, Vant Hoff, Hertz... son los nombres que

personifican tales avances. Esto fue especialmente notable en el mundo del motor. En 1893 Rudolf Diesel patenta el motor de su nombre, partiendo de los trabajos previos sobre el motor de explosión. También el mundo de la biología conoció un despegue de gran importancia, desde la semilla plantada por especialistas como Lamarck o Mendel, Wallace y Darwin pudieron poner las bases de la teoría evolucionista que iba a cambiar no solo el mundo de la ciencia, sino la percepción del hombre sobre sí mismo. Antes de hacer un breve comentario acerca de este asunto, conviene recordar que la repercusión de los descubrimientos científicos y su aportación para mejorar la vida de los seres humanos motivó al industrial sueco Alfred Nobel a plasmar en su testamento su deseo de que la mayor parte de su fortuna se destinase a premiar a los investigadores más destacados en las áreas de física, química, medicina, literatura y en la búsqueda de la concordia, es decir, el Premio Nobel de la Paz. Los primeros premios se concedieron en 1901 y desde entonces hasta la actualidad han venido entregándose cada año (aunque afectados por las contingencias bélicas europeas) y se han incluido nuevas categorías, como el Premio Nobel de Economía. Los científicos se convertían, así, en los héroes de los tiempos modernos.

Volviendo al darwinismo, hay que señalar que, aunque no es este el lugar para profundizar sobre esta cuestión, las lecturas de la obra de Darwin, a veces muy alejadas del texto original, constituyen un capítulo aparte en el ámbito de la divulgación científica en las décadas finales del siglo XIX y las iniciales del XX. En este sentido, el darwinismo social constituyó, tal vez, la más significativa apropiación política de una doctrina científica. La proyección política que permitía la vulgarización de las ideas evolucionistas (que

no fueron solo darwinistas, como es sabido) se estaba realizando en un contexto de exacerbado nacionalismo y de expansión del imperialismo, como se vio al inicio de estas páginas, y ese caldo de cultivo contribuía a justificar científicamente desde las políticas eugenésicas hasta las directrices civilizatorias del imperialismo occidental, apoyadas en lo que el escritor británico Rudyard Kipling denominó la «pesada carga del hombre blanco» (Paul, 2006: 214-239; Pelayo, 2015: 310-329). Otra faceta del avance científico en el ámbito de la evolución humana, de la antropología y de la paleontología, fue el modo en el que el descubrimiento de la existencia de cronologías terrestres amplias afectaba a la explicación religiosa del mundo. En este debate entraron también los saberes humanísticos (en pleno proceso de depuración metodológica), en especial la historia y la filología. En este sentido, el impacto causado por el libro *Vie de Jésus* (1863), del filólogo, filósofo e historiador francés Ernest Renan, fue enorme, ya que proponía entender las escrituras sagradas como un producto histórico, haciendo de ellas una lectura metafórica y no literal. El libro de Renan fue incluido en el *Índice de libros prohibidos* de la Iglesia católica (Richard, 2015).

El contexto intelectual y científico que se acaba de presentar oscilaba entre el optimismo y el pesimismo: el avance de la ciencia anunciaba un mundo de grandes posibilidades, pero también amenazaba con la deshumanización que suponía la introducción de las máquinas en la vida de los individuos. La literatura distópica, tan abundante en este periodo, es buena muestra de las prevenciones hacia un futuro tecnificado. Por otra parte, la disolución de los valores religiosos tradicionales y la búsqueda de nuevos pilares espirituales tuvo múltiples encarnaciones. Para unos, el camino se hallaba en

la revolución; para otros en la disolución del yo en la nación; y para los demás en la búsqueda de paraísos artificiales, en la exploración del yo, en otras culturas o en el pasado. De ahí nacieron desde el movimiento simbolista hasta las hermandades patrióticas de finales de siglo, pasando por el esteticismo de Mallarmé, Verlaine, Oscar Wilde o Stefan George. En este contexto encuentran también sentido el hecho de que creadores como el pintor Gauguin o el escritor Robert L. Stevenson buscaran la pureza de los entornos alejados de la civilización occidental. No es de extrañar que, con este material humano, Sigmund Freud encontrara las claves de la psiquiatría moderna.

Cerraremos estas páginas con las palabras del mismo autor con el que las abrimos, que resumen bien las incertidumbres del mundo moderno:

«Para los hombres de hoy, que hace tiempo excluimos del vocabulario la palabra seguridad como un fantasma, nos resulta fácil reírnos de la ilusión optimista de aquella generación, cegada por el idealismo, para la cual el progreso técnico debía ir seguido necesariamente de un progreso moral igual de veloz. Nosotros, que en el nuevo siglo hemos aprendido a no sorprendernos ante cualquier nuevo brote de bestialidad colectiva [...] somos bastante más escépticos respecto a la posibilidad de educar moralmente al hombre. Tuvimos que dar la razón a Freud cuando afirmaba ver en nuestra cultura y en nuestra civilización tan solo una capa muy fina que en cualquier momento podía ser perforada por las fuerzas destructoras del infierno...» (Zweig, 2002: 21).

Bibliografía

- AUBERT, P. (1993): «Intelectuales y cambio político», *Los orígenes culturales de la II República*. Edición de J. L. García Delgado. Madrid: Siglo XXI, pp. 25-100.
- AVILÉS FARRÉ, J., y HERRERÍN LÓPEZ, Á. (2007): *El nacimiento del terrorismo en Occidente: anarquía, nihilismo y violencia revolucionaria*. Madrid: Siglo XXI.
- CEAMANOS LLORENS, R. (2014): *La comuna de París (1871)*. Madrid: La Catarata.
- (2016): *El reparto de África: de la Conferencia de Berlín a los conflictos actuales*. Madrid: La Catarata.
- CLARET, J., y SANTIRSO, M. (2014): *La construcción del catalanismo. Historia de un afán político*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- CRAWFORD, E. (1999): *The Women's Suffrage Movement: A Reference Guide, 1866–1928*. Londres: UCL Press.
- DIEGO ROMERO, J. DE (2008): *Imaginar la República: la cultura política del republicanismo español, 1876-1908*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- FAGOAGA, C. (1985): *La voz y el voto de las mujeres 1877-1931*. Barcelona: Icaria Antrazyt.
- FRANCO RUBIO, G. (2004): «Los orígenes del sufragismo en España», *Espacio, Tiempo y Forma, serie V, Historia contemporánea*, n.º 16, pp. 455-484.
- FUSI, J. P. (2000): «La irrupción del regionalismo», *En torno al 98: España en el tránsito del siglo XIX y XX*. Coordinado por Rafael Sánchez Mantero. Huelva: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva, vol. 1, pp. 39-46.
- GRANJA SÁINZ, J. L. DE LA (1995): *El nacionalismo vasco: un siglo de historia*. Madrid: Tecnos.
- GREENHALGH, P. (1988): *Ephemeral Vistas: a History of the Expositions Universelles, Great Exhibitions and World's Fairs, 1851-1939*. Manchester: Manchester University Press.
- HOBBSAWM, E. J. (2013): *La era del imperio (1875-1914)*. Barcelona: Crítica.
- HOFFENBERG, P. H. (2001): *An Empire on Display: English, Indian and Australian Exhibitions from the Crystal Palace to the Great War*. Berkeley; Londres: University of California Press.
- MACMILLAN, M. (2011): *París, 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*. Barcelona: Tusquets.
- (2014): *1914: De la paz a la guerra*. Madrid: Turner.
- MARINAS, J. M., y SANTAMARINA, C. (2015): *El bazar americano. En las exposiciones universales*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- MAYHALL, L. E. (2003): *The Militant Suffrage Movement: Citizenship and Resistance in Britain, 1860–1930*. New York: Oxford University Press.
- MENÉNDEZ ALZAMORA, M. (2006): *La Generación del 14. Una aventura intelectual*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- MOSSE, G. L. (2005): *La nacionalización de las masas: simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich*. Madrid: Marcial Pons.
- NAVARRA ORDOÑO, A. (2015): *El regeneracionismo: la continuidad reformista*. Madrid: Cátedra.

- ORY, P., y SIRINELLI, J. F. (2007): *Los intelectuales en Francia: del caso Dreyfus a nuestros días*. Valencia: Universitat de València.
- OSTERHAMMEL, J. (2015): *La transformación del mundo: una historia global del siglo XIX*. Barcelona: Crítica.
- PAUL, D. B. (2006): «Darwin, social Darwinism and Eugenics», *The Cambridge Companion to Darwin*. Edition of J. Hodge and G. Radick. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 214-239.
- PELAYO, F. (2015): «El impacto del darwinismo en la sociedad española del siglo XIX», *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, n.º 14, pp. 310-329.
- RICHARD, N. (2015): *La Vie de Jésus de Renan. La fabrique d'un best-seller*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes.
- RODRIGO DEL BLANCO, J. (ed.) (2017): *La Exposición Histórico-Natural y Etnográfica de 1893*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
- RUBIO POBES, C. (2003): *La identidad vasca en el siglo XIX: discurso y agentes sociales*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, L. A. (2003): *Un imperio en la vitrina. El colonialismo español en el Pacífico y la Exposición de Filipinas de 1887*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- SCHOEDER, P. W. (1994): *The Transformation of European Politics, 1763-1848*. Oxford: Clarendon Press.
- SCHORSKE, C. E. (2011): *La Viena de fin de siglo. Política y cultura*. Madrid: Siglo XXI.
- STÜRMER, M. (2000): *The German Empire: 1870-1918*. New York: Random House.
- SUÁREZ CORTINA, M. (2007): «El liberalismo democrático en España: de la Restauración a la República», *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, n.º 17, pp. 121-150.
- TRAPIELLO, A. (1997): *Los nietos del Cid: la nueva edad de oro de la literatura española (1898-1914)*. Barcelona: Planeta.
- TUCHMAN, B. W. (2007): *La torre del orgullo: 1890-1914. Una semblanza del mundo antes de la Primera Guerra Mundial (1890-1914)*. Madrid: Península.
- (2012): *Los cañones de agosto: treinta y un días de 1914 que cambiaron la faz del mundo*. Barcelona: RBA.
- VEIGA, F. (2006): *El Turco: diez siglos a las puertas de Europa*. Barcelona: Debate.
- WAWRO, G. (2003): *The Franco-Prussian War: The German Conquest of France in 1870-1871*. Cambridge: Cambridge University Press.
- WEBER, E. (1989): *Francia, fin de siglo*. Madrid: Debate.
- WINOCK, M. (2002): *La Belle Époque: la France de 1900 à 1914*. Paris: Perrin.
- XAMMAR PUIGVENTÓS, E. (2005): *Crónicas desde Berlín (1930-1936)*. Barcelona: Quaderns Crema.
- ZIMMERMANN, C. (2012): *La época de las metrópolis: urbanismo y desarrollo de la gran ciudad*. Madrid: Siglo XXI de España.
- ZWEIG, S. (2002): *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. Barcelona: Acantilado.